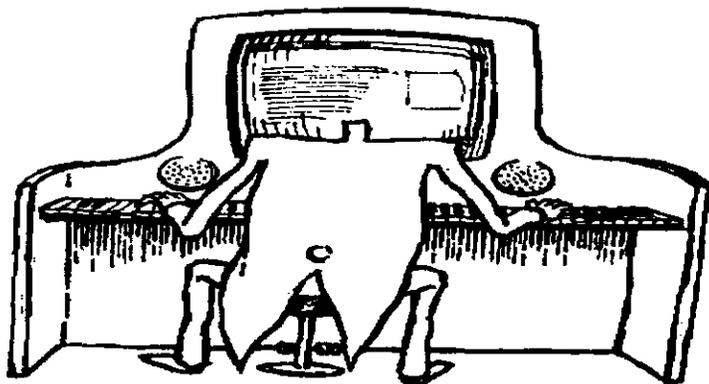


# La globalización de la Cultura

Patricio Palacios Cevallos\*

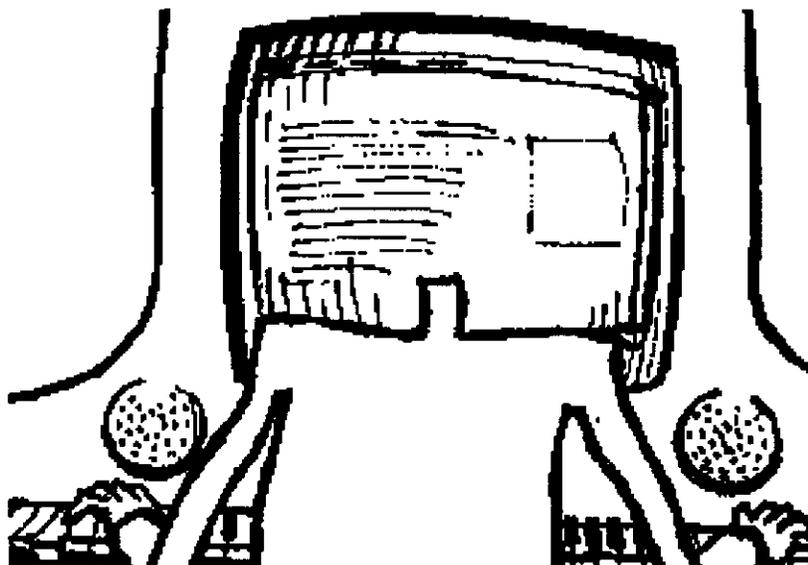


**E**n forma creciente el término globalización se ha ido incorporando a nuestra vida diaria, comenzó por ser usado en los foros económicos y financieros para reflejar un fenómeno a nivel mundial, la interrelación que existe en la sociedad internacional, por sobre las líneas fronterizas tradicionales, lo que fundamentalmente provoca dentro de una economía

de libre mercado que todo lo que sucede en cualquier Estado puede tener una inmediata repercusión en otro país por más distante que se halle geográficamente. Esto también ha provocado que los grandes bancos o industrias manejen sus estrategias mucho más allá de los límites nacionales.

El gran desarrollo de la comunicación, simbolizado sobre todo por la transmisión instantánea de la imagen, nos ha inmerso a

*(\*) Embajador del Servicio Exterior. Ex-Director General de Relaciones Culturales.*



todos en una aldea global.

Es así como es la sociedad actual, queramos o no aceptarlo, consideremos o no que este fenómeno nos perjudica o favorece, esta realidad también influye en el campo de la creación artística.

Todas las expresiones culturales pueden ser difundidas en tiempo presente: un concierto, un film, la presentación de un libro o si fuere del caso el remate de una famosa obra de arte (hasta podríamos hacer nuestra oferta instantánea a través de internet).

Las tendencias predominantes de la creación plástica, musical, literaria extienden su influencia a lo ancho del mundo, se produce un efecto multiplicador acelerado. Adicionalmente, estas corrientes se proyectan desde los grandes centros mundiales hacia

las zonas periféricas y no en dirección opuesta. Casi podemos afirmar que nos llegan enlatadas, como las series de televisión. Este hecho limita la originalidad de nuestros intelectuales.

Para alcanzar notoriedad ya no es suficiente triunfar en el propio medio ni siquiera en una región. Una obra debe proyectarse hacia París, Nueva York, Londres, Tokio. Que mis libros estén disponibles en los escaparates de muchas librerías del planeta; que sean traducidos a varios idiomas; que mis pinturas cuelguen en museos los cuales su sola evocación suena a catedrales del arte: Louvre, Metropolitan Museum, National Gallery.

Una creación musical popular o clásica debe ser interpretada por los más famosos cantantes o las más prestigiosas orquestas.

Las estatuas de un escultor deben llegar a exhibirse a lo largo de los Campos Elíseos o en el Rockefeller Center.

Lamentablemente no hay otro camino para llegar a ser parte de la aristocracia de la cultura. Recordemos que los ungidos del Premio Nobel adquieren una consagración universal y definitiva. El lanzamiento de un libro o la "première" de una obra de teatro estará más cerca de la fama mientras más internacional sea su presentación. A veces me pregunto si tal o cual escritor, si tal o cual músico tiene verdaderamente cualidades para alcanzar el éxito o si también utilizó un adecuado sistema de "marketing", casi como una transnacional busca vender su último perfume o un audaz modelo de automóvil.

Esta realidad nos abre grandes posibilidades en el desarrollo de la cultura y la creación artística pero también es peligroso que aniquile nuestra propia forma de expresarnos, que vuelva "standard" toda manifestación creativa, ésta aunque tenga en sí una gran calidad, un gran valor intrínseco si no tiene los medios -en esta sociedad globalizada- para abrir la "main door" de la fama, el reconocimiento será muy limitado.

Para países como el nuestro que su cultura parte de valores indígenas ancestrales y de una influencia hispana -como toda esta América mestiza- que es el resultado de siglos de fundición de influencias originadas en mundos dispares, a los que inicialmente solo vinculó la audacia de un navegante hace algo más de quinientos años.

Es necesario reconocer que tampoco en

el pasado la creación cultural y artística fue totalmente libre, en la Edad Media, Papas y reyes fueron los mecenas de músicos, pintores y literatos. En no pocos países hasta hace no mucho los intelectuales fueron obligados a seguir ciertos parámetros políticos y es posible que en algunos sitios del mundo todavía estén obligados a hacerlo. Teóricamente al menos, ha desaparecido la aguda confrontación ideológica pero en cambio los creadores del intelecto deben sujetarse a las leyes de la libre oferta y demanda.

Existe el peligro de que nuestra propia identidad sucumba, de que perdamos aquello que orgullosamente nos diferencia de los otros. Que desde afuera vengan los parámetros para que nuestras manifestaciones artísticas, como si fuesen productos de exportación destinados a mercados foráneos que deben obligatoriamente llenar las exigencias de calidad total.

El desafío al que nos vemos abocados debe ser motivo de onda reflexión para nuestros intelectuales: integrarnos a un mundo globalizado, lo que no podemos evitarlo, pero al propio tiempo verter en ese mundo nuestra creación sin que pierda su originalidad histórica. Del mismo modo deben tomar en cuenta estas realidades las políticas gubernamentales que tienen que ver con la educación. Esta es una tarea insoslayable para los últimos años del segundo milenio.